

Prólogo



Estoy sentado solo en mi caja. Está oscuro y tengo frío.

De pronto, escucho voces y gritos:

—¡Con cuidado... Despacio!

Entonces, la caja se abre...

Se oyen murmullos y crujidos de capas y capas de papel para envolver.

De repente, la luz brilla.

El sol dorado me encuentra con sus largos rayos y me acaricia el pelaje.

Ahora, me siento bien, caliente y tranquilo.

El sol me hace cosquillas en los ojos, abro uno, luego el otro.

Hay mucha gente a mi alrededor.

Una linda mujer me toma entre sus manos y me abraza. Por su rostro se deslizan lágrimas redondas. Al lado de ella, un hombre alto dice:

—¡Bajé una caja enorme de mi camión y, al final, sólo sale de ella un osito roto, y todos lloran de la emoción! ¿Qué les pasa? No entiendo.

Yo tampoco entiendo qué pasa.

La linda mujer me susurra al oído:

—Bienvenido a casa, osito de Fred.

Bienvenido a
Jerusalén. ¡Por fin
llegaste!

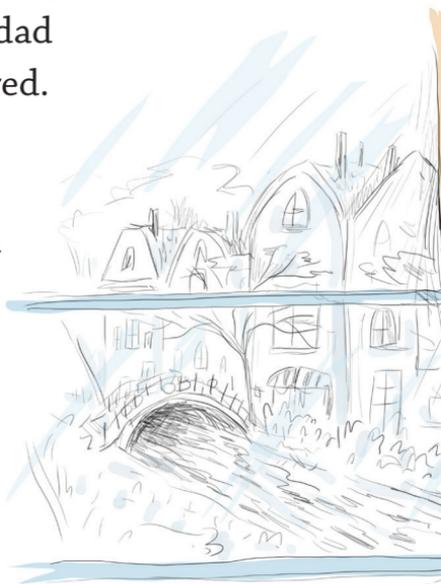


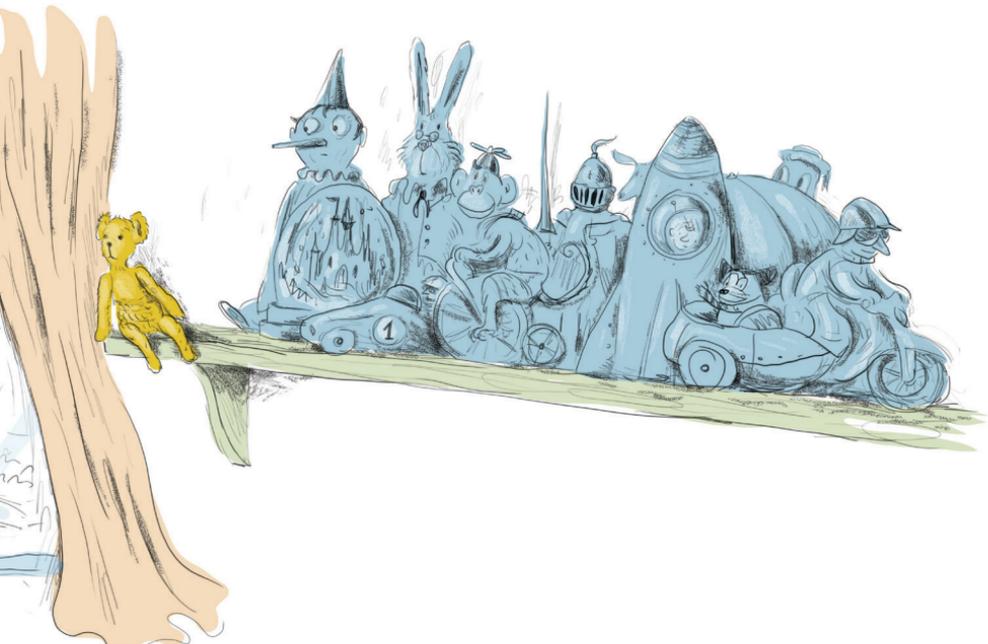
Hace mucho tiempo, en un país lejano
llamado Holanda, en la ciudad
de Delft, yo era el oso de Fred.

Nunca tuve un nombre,
Fred no me puso ninguno.

Yo vivía en la habitación
de los niños junto con
otros juguetes.

¡Era el oso más feliz!





El pequeño Fred me prefería entre todos sus juguetes. Me llevaba con él a todas partes.

Siempre estábamos juntos, y en la noche, cuando Fred se metía bajo las cobijas, me dormía a su lado, sobre su almohada, y soñaba cerca de sus sueños.



Un día de invierno Fred y yo salimos a pasear, él me llevó en sus manos y vi las calles por donde siempre caminábamos.

A diferencia de otros días, reinaba un silencio de miedo.

Había pocas personas caminando, y todos se veían muy tristes.

De pronto, escuché ladridos fuertes: un perro negro y enorme nos atacó.

Casi muerde la pequeña mano de Fred,
pero, en el último momento, clavó sus
colmillos en mí y me arrebató de Fred.

¡Me asusté mucho!

Sus colmillos eran largos y afilados,
y no me dejaba ir.

El perro me sacudió contra el suelo
con furia, hasta que finalmente me aventó
a la acera.

El pequeño Fred me rescató, me limpió
el pelaje y me susurró al oído:

—Mi pobre osito; no estés triste. Te
quiero, aunque tu cabeza cuelgue de
un hilo.



